

LIBRO SEGUNDO.

I. Cuantas veces he pensado—y estos pensamientos me preocupan con frecuencia y largamente—en los mejores medios de ser útil á mi patria, de servir sin interrupción los intereses de la República, nada me ha parecido más conducente á este propósito que abrir á mis conciudadanos el camino de los nobles estudios, como creo haberlo hecho ya en muchos libros. Les hemos exhortado cuanto hemos podido á dedicarse al estudio de la filosofía, en el que intitulamos *Hortensius*, y hemos mostrado qué clase de filosofía considerábamos menos arrogante, más práctica y á propósito para formar buen gusto en los cuatro *Académicos*. Siendo el fundamento de toda filosofía el conocimiento de los verdaderos bienes y de los verdaderos males, hemos agotado este importante asunto en los cinco libros dedicados á facilitar la inteligencia de todo lo que se ha dicho en favor y en contra de cada sistema. En los siguientes libros de disertaciones, las *Tusculanas*, expuse las condiciones principales para vivir bien. Trata el primero del desprecio de la muerte; el segundo del valor para soportar el dolor; el tercero de los medios para dulcificar la tristeza; el cuarto de las demás perturbaciones del alma, y el quinto desarrolla la máxima que tanta claridad derrama sobre toda la filosofía, que la virtud sola basta para la feli-

cidad. Terminados estos trabajos, he escrito sobre la *Naturalaleza de los Dioses*, tres libros que contienen todo lo que se refiere á esta cuestión; y para completar mi tarea en todas sus partes, hemos comenzado á escribir estos libros acerca de la *Adivinación*; y cuando (según mi propósito) haya añadido otro acerca del *Hado*, habré agotado la materia. A estos libros hay que añadir seis de la *República*, escritos en época en que empuñábamos el timón del gobierno; cuestión importantísima, profundamente enlazada con la filosofía, y con amplitud tratada por Platón, Aristóteles, Teofrasto y toda la familia de los Peripatéticos. ¿Qué diré de la *Consolación*? que después de poner remedio á mi propia tristeza, considero que lo pondrá más abundante todavía á la de los demás. Entre estos diferentes escritos se encuentra el libro de la *Senectud*, que dedicamos á nuestro amigo Atico. Y como por la filosofía se hace el hombre bueno y fuerte, entre estos libros debe enumerarse nuestro *Catón*. Como Aristóteles y Teofrasto, varones tan eminentes por su penetración y fecundidad, unieron los preceptos de la elocuencia á los de la filosofía, creemos que debemos contar aquí nuestros libros oratorios; es decir, tres *Diálogos*; el cuarto, *Bruto*; quinto, el *Orador*.

II. Hasta ahora estos han sido mis trabajos: con actividad de ánimo me propongo completarlos, y, á menos que se oponga grave obstáculo, no dejar cuestión alguna de la filosofía que no esclarezca y haga asequible á todos en lengua latina. ¿Qué oficio más alto podríamos ejercer y más útil á la República que el de enseñar é instruir á la juventud, especialmente en una época en que de tal manera se encuentran relajadas las costumbres, que todos estamos obligados á refrenarlas y corregirlas? Y no es que espere lo que ni siquiera es de pedir, que todos los jóvenes se dediquen á este estudio. ¡Ojalá lo hagan algunos! su ejemplo será muy útil á la República. Recogiendo estoy ya, en verdad, el fruto de mi trabajo, puesto que veo hom-

bres de edad avanzada, y en mayor número que podía esperar, deleitarse con la lectura de nuestros libros, sirviéndome su afán continuo por estudiarlos de estímulo para escribirlos. Magnífico será y muy glorioso para los Romanos no necesitar de los Griegos para el estudio de la filosofía, y esto se conseguirá si realizo mis propósitos. Este deseo de explicar la filosofía lo concebí en medio de las desgracias y guerras civiles de Roma, cuando nada podía hacer para defenderla, según mi costumbre, ni permanecer ocioso ni encontrar ocupación más conveniente y digna de mí. Mis conciudadanos me aprobarán, ó más bien me agradecerán algo, si, cuando la República ha estado á merced de uno solo, no me he ocultado, ni he huído, ni desalentado, ni conducido como hombre inútilmente irritado contra las circunstancias; así como tampoco me mostré lisonjero y adulador de la fortuna ajena, hasta el punto de avergonzarme de la mía. Platón y la filosofía me habían enseñado desde mucho antes que las cosas públicas están sujetas á ciertas revoluciones naturales, que dan el poder unas veces á los grandes, otras al pueblo, y en ocasiones á uno solo. Cuando nuestra República cayó tan bajo, despojado de mis antiguas funciones, reanudé estos estudios que, á la vez que calmaban mis pesares, ofrecíanme el único medio que me quedaba de ser útil á mis conciudadanos. Porque en mis libros exponía opiniones, arengaba, considerando la filosofía como sustitución para mí del gobierno de la República. Ahora que han comenzado á consultarme acerca de los negocios públicos, á éstos pertenecen mi tiempo, mis pensamientos y cuidados, y solamente dedicaré á la filosofía lo que no sea necesario á mi oficio público. Pero en otra coyuntura trataremos de esto; ahora volvamos á nuestra discusión.

III. Cuando mi hermano Quinto hubo dicho de la adivinación lo que queda escrito en el libro anterior, y habiendo paseado ya bastante, nos sentamos en la biblioteca

de mi Liceo. Muy bien, oh Quinto, le dije, has defendido como estoico la doctrina de los Estoicos, agradándome especialmente que te hayas apoyado en acontecimientos notables y memorables. Ahora debo responder á lo que has dicho. Así lo haré, pero sin afirmar nada, investigando la verdad, dudando con frecuencia y desconfiando de mí mismo, porque si presintiese algo como cierto, me presentaría como adivino, cuando niego la adivinación. Pregúntome desde luego aquello que, ante todo, investigaba Carneades: ¿sobre qué se ejerce la adivinación? ¿sobre las cosas sensibles? éstas las vemos, las oímos, gustamos, sentimos y tocamos. ¿Existe en estas sensaciones algo extraordinario, algún efecto de la previsión ó inspiración del alma? ¿puede algún adivino, si carece de vista como Tiresias, distinguir lo blanco de lo negro, y si es sordo notar las diferencias de las voces y sonidos? La adivinación, pues, no se ejerce sobre nada de lo que es objeto de nuestros sentidos y ni tampoco se necesita para aquellas cosas que tratamos por medio del arte. No acostumbramos á llamar al lado del enfermo adivinos, sino médicos; y los que quieren aprender á tocar la lira ó la flauta, no reciben lección de los arúspices, sino de los músicos. Lo mismo acontece con las letras y las ciencias. ¿Crees acaso que los que pretenden adivinar pueden decirte si el sol es más grande que la tierra? ¿si es tal como aparece? ¿si la luna tiene luz propia, ó refleja la del sol? ¿qué movimiento tienen el sol y la luna? ¿cuál es el de las cinco estrellas que se llaman errantes? Ninguno de los que se tienen por adivinos osa pretender enseñarnos algo en este punto, como tampoco en cuanto á la verdad ó falsedad de los problemas geométricos: esto pertenece á los matemáticos y no á los augures.

IV. En cuanto á las cuestiones que se agitan en filosofía, ¿se ha pensado jamás en preguntar á los arúspices qué es bueno, malo ó indiferente? Esto pertenece á los filósofos.

¿Y en cuanto á los deberes? ¿Quién consultó jamás á los arúspices cómo debe comportarse con los padres, los hermanos ó los amigos? ¿Quién el uso de las riquezas, de los honores ó del mando? En estos casos nos dirigimos á los sabios y no á los adivinos. Tampoco se pedirá al adivino que resuelva las cuestiones que agitan los físicos y dialécticos, acerca de si el modo es múltiple ó único y cuál sea el principio de las cosas que da origen á todas. Este pertenece á la ciencia de los físicos. Tampoco podrá contestar si le pones el argumento *falacia*, que llaman *ψευδόμενος*, ni resolverá un *sorites* (argumento que podríamos llamar con la palabra latina *acervalis*, amontonado, si no fuese inútil, porque tanto *sorites*, como *filosofía*, como otras muchas palabras griegas han pasado á nuestro idioma); luego esto pertenece á los dialécticos y no á los adivinos. En fin, si se quiere examinar cuál es la mejor forma de república, qué leyes, qué costumbres serán útiles ó inútiles, ¿llamaremos arúspices de la Etruria, ó se apelará á los varones más notables y expertos en los negocios públicos? Ahora bien, si la adivinación no atañe á las cosas que caen bajo el imperio de los sentidos, ni á las que el arte enseña, ni á las que se agitan en filosofía, ni á las concernientes al gobierno de la república, no comprendo cuál es su objeto. Porque necesariamente ha de ocuparse ó de todo en general ó de algo en particular; pero la razón nos enseña que no pertenece todo á su dominio, y por otra parte no vemos empleo particular que poder asignarle. Considera, pues, á qué queda reducida la adivinación.

V. Existe un verso griego muy conocido referente á este asunto. «Considero profeta excelente al que conjetura bien.» ¿Y acaso el adivino conjeturará mejor que el piloto la proximidad de la tempestad, con más seguridad que el médico la naturaleza del mal; ó en el arte de la guerra se sobrepondrá á la pericia de experimentado general?

Pero he observado, oh Quinto, que has cuidado de sepa-

rar de la adivinación todo aquello que exige estudio y raciocinio, todo lo que cae bajo los sentidos y todo lo que procede del arte, y la defines diciendo: adivinación es presagio y presentimiento de cosas fortuitas. Pero volvemos á la misma dificultad, porque el piloto, el médico y el general presienten también cosas fortuitas. ¿Y crees por ventura que un arúspice, un augur, un adivino sea el que quiera, un soñador puede prever mejor si curará el enfermo, si la nave llegará á buen puerto, si el ejército se librará de emboscadas, que el médico, el piloto y el general? También has dicho que no pertenece al adivino predecir por ciertas señales las tempestades y huracanes, y con esta ocasión me has citado de memoria algo de nuestra Aratea. Pero también son fortuitas estas cosas, porque no ocurren siempre, aunque ocurran muchas veces. ¿Cuál es, pues, y en qué se ejerce el presentimiento de las cosas futuras que llamas adivinación? Confiesas que no pertenece á la adivinación sino á la prudencia humana lo que puede predecirse por el arte, por el raciocinio, la experiencia ó las conjeturas. Quedan, por consiguiente, á la adivinación las cosas fortuitas que ni el arte ni la sabiduría pueden prever. Si muchos años antes del acontecimiento hubiese predicho alguien que aquel M. Marcelo, que fué cónsul tres veces, perecería en un naufragio, verdadero adivino hubiera sido, porque ni el arte ni la sabiduría podían revelárselo. Por consiguiente la adivinación es presentimiento de cosas sujetas á la fortuna.

VI. Mas ¿puede existir presentimiento de aquello que no tiene razón ninguna para existir? ¿Qué se entiende cuando se dice que una cosa ha sucedido por casualidad, por fortuna, por accidente, por acaso, sino es que pudo no ocurrir ú ocurrir de otra manera? ¿Cómo, pues, ha de preverse lo que se debe á la caprichosa fortuna ó ciega casualidad? El médico prevé por raciocinio el peligro del enfermo, el general, las emboscadas del enemigo, el piloto

la tempestad; y sin embargo, se engañan muchas veces, aunque fundan su opinión en razones. También se apoya en la razón el labrador cuando cree ver un fruto en cada flor del olivo, y sin embargo suele engañarse. Ahora bien, si á las veces se equivocan aquellos que solo juzgan por conjeturas probables y conformes con la razón, ¿qué debemos creer de los que buscan el conocimiento de lo venidero en las entrañas de las víctimas, en el vuelo y canto de las aves, presagios, oráculos y sueños? En otra parte, y separadamente, te diré cuán vanas señales son á mis ojos las hendiduras del hígado, los graznidos del cuervo, el vuelo del águila, la carrera de los astros, los gritos del furioso, las suertes y los sueños; ahora sólo hablo en general. ¿Quién puede prever que una cosa sucederá, cuando no existe ni es posible asignar causa alguna á su existencia? Los que observan y calculan la marcha de los astros predicen con mucha anticipación los eclipses del Sol y de la Luna; pero anuncian lo que ha de resultar del orden invariable de la naturaleza. Sus observaciones sobre la marcha constante de la Luna les han enseñado que, cuando se encuentra en oposición con el Sol en la sombra de la Tierra, que es meta de la noche, necesariamente ha de oscurecerse; saben también que, cuando está visible é interpuesta entre el Sol y nosotros, nos oculta una parte de este astro; también predicen el paso de las estrellas errantes por cada signo, y la aparición y ocaso de cada uno de éstos. Tú sabes qué racionios emplean para estas predicciones.

VII. ¿Qué reglas siguen los que nos anuncian el hallazgo de un tesoro ó la adquisición de una herencia? ¿En qué orden natural se fundan estos acontecimientos? Porque si éstos, y otros semejantes, proceden de orden necesario, ¿qué queda para el hado, y qué hemos de atribuir á la fortuna? Nada hay más contrario al orden racional y á lo constante como la casualidad, y dudo que el mismo Dios sepa

lo que ha de ocurrir fortuitamente; porque si lo supiese, el acontecimiento se realizaría infaliblemente, y admitida esta necesidad, no existiría fortuna. Sin embargo, la fortuna existe; luego no puede admitirse presentimiento de las cosas fortuitas. Pero si niegas la existencia de la fortuna y pretendes que todo cuanto sucede está fatalmente determinado desde la eternidad, cambia la definición de la adivinación que llamas presentimiento de las cosas fortuitas. Porque si nada puede ocurrir ni suceder que no esté determinado desde la eternidad para que se realice en el tiempo, ¿á qué queda reducida la fortuna? Y sin ella, ¿qué es la adivinación, á la que llamas presentimiento de las cosas fortuitas? Pero al mismo tiempo dices que el hado encierra todo lo que sucede y debe suceder. Deja para las viejas esa palabra tan supersticiosa. Mucho dicen del hado los Estoicos, y en otro lugar hablaremos de él; ahora atendamos á lo necesario.

VIII. Si todo depende del hado, ¿para qué me sirve la adivinación? Lo que predice el adivino, debe suceder infaliblemente: así es que no entiendo lo que quiere decirse cuando se refiere que un águila hizo retroceder á nuestro amigo Deyotaro, y que este rey evitó dormir en una habitación que, derrumbándose á la noche siguiente, le hubiese aplastado en su caída. Si esto era decreto del destino, no habría escapado al peligro; y si no estaba decretado, no podía sucumbir. ¿Para qué sirve, pues, la adivinación? ¿Qué advertencias pueden darme las suertes, las entrañas ú otra cualquiera predicción? Si era decreto del hado que de las dos escuadras del pueblo romano, en la primera guerra púnica, naufragase una y destruyesen los Cartagineses la otra, estas desgracias no hubiesen dejado de acontecer aunque los gallos sagrados hubiesen suministrado buenos auspicios á los cónsules L. Junio y P. Claudio. Si se dice que, atendiendo á los auspicios, se habrían salvado las escuadras, se deducirá que no estaban

condenadas por el hado. Queréis que todo dependa del hado: en ese caso no existe adivinación. De la misma manera, si en la segunda guerra púnica había decretado el hado que el ejército del pueblo romano quedase destruído en el Trasimeno, ¿habría evitado la derrota el cónsul Flaminio obedeciendo á los auspicios que le prohibían combatir? No, ciertamente. O el hado, cuyos decretos son inmutables, había condenado el ejército á perecer, ó si lo estaba (como no podéis menos de decir) el respeto á los auspicios en nada podía cambiar el acontecimiento. ¿En qué viene á quedar la adivinación de los Estoicos? Si todo ocurre por el hado, nada puede prevenirnos para que nos preservemos; porque de cualquiera manera que obremos no podremos impedir que suceda lo que fatalmente ha de suceder. Si podemos conseguirlo, el hado no existe, y por consiguiente ni la adivinación tampoco, puesto que ésta anuncia lo que ha de suceder, y no puede decirse que con seguridad una cosa ha de suceder, cuando por medio de alguna precaución puede conseguirse que no se realice.

IX. Añadiré además que no creo ni siquiera útil el conocimiento de las cosas futuras. ¿Cuál habría sido la vida de Príamo, si desde la infancia hubiese conocido la suerte que le esperaba en la vejez? Pero dejemos las fábulas y vengamos á hechos más cercanos á nosotros. En el libro de la *Consolación* he citado la muerte de nuestros hombres más eminentes. Y omitiendo los antiguos, ¿crees que hubiese sido útil á Marco Crasso, cuando se hallaba en todo el esplendor de su fortuna y poderío, saber que un día, después de presenciar la muerte de su hijo Publio y la derrota de su ejército, encontraría ignominiosa muerte al otro lado del Eufrates? ¿Crees que Cn. Pompeyo hubiese saboreado las delicias de sus tres consulados, de sus tres triunfos, de su inmensa gloria, si hubiese sabido que, después de perder su ejército, debía ser asesinado en una soledad del Egipto, y que á su muerte sucederían desgracias

de las que no podemos hablar sin lágrimas? Y el mismo César, si hubiese podido prever que un día, en medio de aquellos senadores cuya mayor parte había elegido él mismo, en la Sala Pompeyana, al pie de la estatua del mismo Pompeyo, en presencia de tantos centuriones adictos, caería asesinado por lo más escogido de la nobleza romana, entre los que había muchos favorecidos por él, y que quedaría allí sin que nadie, no solamente de sus amigos, sino también de sus esclavos, se atreviese á acercarse á su cadáver, ¿su vida no habría sido continuo tormento? Indudablemente es mucho mejor ignorar los males que nos reserva el porvenir, porque nadie puede decir, y menos el Estoico: Pompeyo no habría empuñado las armas, Crasso no habría pasado el Eufrates, y César no habría emprendido la guerra civil. Esto equivaldría á manifestar que el hado no habría decretado su muerte, y queréis que todo dependa del hado. La adivinación, pues, no habría servido de nada á aquellos grandes hombres, consiguiendo únicamente emponzoñar su vida. ¿Qué puede ser agradable á quien á todas horas contempla su desastrosa muerte? Así, pues, á cualquier lado que acudan los Estoicos, sus sutilezas caen por sí mismas; porque si lo que ha de suceder puede suceder de una ú otra manera, la fortuna tiene sin duda mucha parte en ello, y lo que depende de la fortuna nunca es cierto. Si, por el contrario, cada cosa ha de suceder infaliblemente en su tiempo, ¿de qué me servirán los arúspices al predecirme las desgracias más tremendas?

X. Estrechados de cerca, pretenden que las desgracias serán más llevaderas si recurrimos á las prácticas religiosas: pues si todo sucede por el hado, de nada pueden servir estas prácticas. Así piensa Homero cuando nos presenta á Júpiter quejándose de no poder, contra el hado, salvar la vida de su hijo Sarpedón. Esto mismo dice aquel verso griego, que puede traducirse: «Lo que está decretado supera al poder de Júpiter.» Por esta razón creo que está

justificada la burla que se hace del destino en un verso de las Atelanas. Pero no debemos hablar ligeramente en asunto tan grave. Concluyo, pues, diciendo: si no puede preverse nada de lo que ocurre por caso fortuito, porque lo que ocurre de esta manera es incierto, no existe adivinación; y si por el contrario, puede preverse el porvenir porque está sujeto á inflexible fatalidad, tampoco existe adivinación, puesto que dices que solamente se refiere á las cosas fortuitas. Mas hasta ahora solamente hemos combatido á la ligera; empleemos ya mayor esfuerzo, y veamos si puedo destruir de frente tu argumentación.

XI. Dices que existen dos géneros de adivinación, la artificial y la natural; la primera que descansa parte en conjeturas y parte en continuas observaciones; la segunda que resulta de los esfuerzos y penetración del alma en comunicación con la divinidad, de la que ella misma es emanación y procedencia. Entre las adivinaciones artificiales enumerabas la inspección de las entrañas, las observaciones de los rayos y prodigios, las predicciones por medio de augurios, señales y presagios, refiriendo en fin á este género todo lo conjetural. La natural la considerabas como inspiración ó arrobamiento del espíritu fuertemente excitado, ó previsión del alma, libre durante el sueño de la influencia de los sentidos. Hacías depender toda la adivinación de tres fuentes, Dios, el hado y la naturaleza. Pero como no podías demostrar nada, te apoyaste en muchos sucesos discutibles. Acerca de esto he de decirte, ante todo, que me parece indigno de un filósofo citar hechos verdaderos por casualidad, ó desfigurados ó inventados por la mala fe. La verdad debe demostrarse con argumentos y razones fuertes y no con hechos, especialmente cuando son de aquellos que me es lícito no creer.

XII. Comenzando por los arúspices, creo que por interés de la república y de la religión deben respetarse (pero aquí estamos solos y podemos investigar sin peligro la verdad,

especialmente yo que dudo de muchas cosas): examinemos primeramente, si quieres, lo referente á las entrañas de las víctimas. ¿Á quién se convencerá de que los arúspices han adquirido el conocimiento de estas señales merced á larga serie de observaciones? ¿Cuándo comenzaron estas observaciones? ¿por cuánto tiempo continuaron? ¿Cómo se pusieron de acuerdo los arúspices para considerar tal parte como adversa, tal otra como favorable; tal hendidura del hígado como indicadora de un peligro, y tal otra como anuncio de acontecimiento feliz? ¿Acaso se comunicaron su experiencia los arúspices de la Etruria, de Elida, de Egipto y de Cartago? Pero esto, que no sucedió, ni siquiera puede suponerse; porque cada uno interpreta las entrañas á su manera; cada uno tiene doctrina diferente. Es indudable que, si en las entrañas de las víctimas existe alguna virtud secreta á propósito para dar á conocer lo venidero, por necesidad ha de estar relacionada con el orden universal de las cosas, ó se manifiesta por disposición de los Dioses. Pero esta admirable naturaleza, tan dilatada, tan poderosa y activa en todas partes, ¿qué puede tener de común con la hiel de un gallo (entraña, según algunos, muy significativa) ó qué puede haber de natural y á propósito para el conocimiento de lo futuro en el hígado, el pulmón ó el corazón de un buey cebado?

XIII. Demócrito, á imitación de los físicos, cuyas arrogancias son conocidas, da en cuanto á esto sutiles explicaciones.

«No vemos lo que tenemos á los pies, y queremos leer en los cielos.»

Dicenos éste que el color y estado de las entrañas de una víctima designan la calidad del pasto, la abundancia ó escasez de los frutos de la tierra, y hasta la salubridad ó pestilencia del aire, ¡Oh dichoso mortal! ¡conozco su inagotable buen humor! ¡Pero el deseo de decir una agudeza le impidió ver que no tendría ninguna apariencia de ver-

dad si no se encontraban todas las entrañas de los animales en el mismo instante en igual estado y con el mismo color? Porque si en la misma hora el hígado de un animal se encuentra fresco y entero, y el de otro decolorado y marchito, ¿qué inducción puede conseguirse del estado y color de sus entrañas? ¿No se parece mucho esto á lo que has referido de Ferecides, que al ver el agua que sacaren de un pozo anunció un terremoto? ¡Qué impudencia! Ocurrido el terremoto, pueden asignarse audazmente las causas; ¿mas puede predecirse por el color del agua de un pozo? Muchas cosas de éstas se nos refieren en las escuelas: por fortuna no estamos obligados á creerlo todo. Pero supongamos cierto lo que asegura Demócrito: ¿es esto lo que buscamos en las entrañas de las víctimas? ¿Hemos oído alguna vez á los arúspices contestarnos de esta manera? Amenázannos con el fuego ó el agua; nos anuncian en tanto una herencia, en tanto grandes pérdidas; ven en las hendiduras del hígado presagios domésticos ó señales de longevidad; examinan sobre todo con especial cuidado la cabeza del hígado, y si no la encuentran, creen que no puede acontecer nada peor.

XIV. No pudieron hacer estas observaciones, como dejo demostrado, reduciéndose por consiguiente todo á invenciones del arte, si es que existe algún arte de lo desconocido. ¿Qué relación pueden tener estas predicciones con el orden de la naturaleza? Admitiendo, como quieren los físicos, especialmente aquellos que sostienen que todo lo que existe es uno, la unión íntima y armónica del universo ¿qué relación puede establecerse entre el mundo y el hallazgo de un tesoro? Si las entrañas de una víctima pueden anunciarme el aumento de mi caudal, y la naturaleza lo dispone así, las entrañas estarán relacionadas con el mundo, y mi caudal depende de la naturaleza universal. ¿No se avergüenzan los físicos de decir estas cosas? Concedo en cierta manera que todo se contiene en la natura-

leza (los Estoicos intentan probarlo con muchos ejemplos: así, dicen que el hígado de los ratones aumenta en invierno, que el poleo florece en el día mismo del solsticio de invierno, y las vesículas que contienen la semilla de sus frutos, hinchándose entonces y separándose unas de otras, se colocan en otra dirección; que al tocar ciertas cuerdas de una lira se hace resonar otras; que las ostras y otros mariscos crecen y decrecen con la luna; que el menguante de la luna en invierno es el tiempo á propósito para la poda de los árboles, porque entonces están secos. ¿Habré de hablar también del flujo y reflujo de los mares? su movimiento obedece á las fases de la luna. Muchísimos ejemplos parecidos demuestran la relación natural que existe entre cosas muy distantes): concedámoslo; nada tengo que oponer á esto; ¿pero se deduce que ciertas hendiduras del hígado anuncien riquezas? ¿Por qué relación natural, por qué íntimo acuerdo, por qué συμπάθειαν, como dicen los Griegos, las hendiduras de ese hígado concuerdan con mis cortas ganancias, y estas ganancias con el cielo, la tierra y toda la naturaleza?

XV. Te concederé también, si quieres, aunque con mucho perjuicio de la causa que defiendo, que existe cierta relación entre la naturaleza y las entrañas de una víctima. Pero supuesto así, ¿cómo se explica que el que tiene algo que impetrar encuentre precisamente la víctima que conviene á sus deseos? Creía yo que esta objeción no tenía réplica, ¡y qué maravillosamente la contestan! Avergüénzome en verdad, no por tí, cuya memoria admiro, sino por Crisippo, Antipater y Posidonio, que sostienen contigo que cierta virtud inteligente y divina, extendida por todo el universo, determina la elección de las víctimas. Mucho más añaden, y tú lo repites ateniéndote á ellos, que en el momento del sacrificio se verifica tal cambio en las entrañas de la víctima, que desaparece ó aumenta alguna parte, según la omnipotente voluntad de los Dioses. He

aquí dos prodigios en los que te aseguro no creen ya ni las viejas: ¿crees que el mismo toro tendrá ó no tendrá cabeza en el hígado según que le inmole éste ó aquél? Esta disminución ó adición ¿puede hacerse tan repentinamente y de manera que concuerde con la fortuna del sacrificador? ¿No nos enseña la experiencia que la casualidad preside á la elección de las víctimas? Frecuentemente ofrece la primera el terrible presagio de un hígado sin cabeza, y la segunda presenta hermosísimas entrañas. ¿A qué quedan reducidas entonces las amenazas de la primera? ¿y cómo se ha verificado este repentino aplacamiento de los Dioses?

XVI. Pero aduces que el último toro cebado que inmoló César no tenía corazón, y pretendes que, como es imposible que aquel animal viviese sin esta víscera, necesariamente debió desaparecer en el momento del sacrificio. ¿Cómo es posible que comprendas que un buey no pudo vivir sin corazón, y que comprendas que este corazón pudo volar de pronto no sé á dónde? Por mi parte, puedo, ó ignorar cómo es necesario á la vida el corazón, ó suponer que el de aquel buey se encontraba por efecto de alguna enfermedad contraído, exiguo, arrugado é imposible de reconocer. Pero tú, ¿en qué te fundas para suponer que si existía el corazón de aquel toro cebado desapareció de pronto en el momento del sacrificio? ¿Acaso al ver á César vestido de púrpura y privado de su buen juicio perdió el toro el corazón? Créeme, mientras defendéis torres avanzadas, entregáis al enemigo la fortaleza de la filosofía. Para sostener la verdad de los auspicios, trastornáis toda la filosofía. Existe cabeza en el hígado de la víctima, y corazón en sus entrañas: derramad un poco de harina y de vino, y un Dios, ó una potencia desconocida, los hace desaparecer. Ya no será la naturaleza la que presida al origen y fin de todas las cosas; cuerpos habrá que, producidos de la nada, volverán repentinamente á la nada. ¿Qué físico dijo jam

estas cosas? Los arúspices las afirman. ¿Crees que son más dignos de fe que los físicos?

XVII. Más aún: cuando se sacrifica á muchos Dioses, ¿en qué consiste que unos se presentan favorables y otros adversos? ¿Por qué su inconstancia, cuando nos amenazan por las primeras entrañas y nos prometen por las segundas? ¿por qué tanta disensión entre ellos, á veces entre parientes, para que Apolo se nos manifieste propicio y contraria Diana? ¿No es cosa clara que habiendo decidido la casualidad la elección de las víctimas se debe también á la casualidad el estado de las entrañas? Pero, replicarás: en las víctimas, como en las suertes, una virtud divina ordena la elección. Pronto hablaremos de las suertes, aunque me parece que no robusteces tu opinión acerca de las víctimas al compararlas con las suertes, sino que por el contrario, debilitas la autoridad de las suertes comparándolas con las víctimas. ¡Cómo! cuando mandamos al mercado de Equimelium á buscar un cordero para sacrificarlo, ¿es precisamente el cordero cuyas entrañas se adaptan á nuestros deseos el que nos trae el esclavo, guiado no por la casualidad, sino por algún Dios? Si dices que en este caso la casualidad y la voluntad de los Dioses se encuentran reunidas como en las suertes, me duele que nuestros Estoicos proporcionen de esta manera á los Epicúreos ocasiones de burlarse de ellos, y no ignoras cómo las aprovechan. Y fácilmente pueden hacerlo: porque Epicuro, para burlarse de los Dioses mismos, nos los presenta ligeros y transparentes; buscando entre dos mundos, como entre dos bosques sagrados, asilo seguro para caso de peligro, asignándoles miembros semejantes á los nuestros, pero de los que no pueden servirse. Después de negar de esta manera indirecta los Dioses, no puede vacilar en negar la adivinación. Este filósofo es lógico; los Estoicos no lo son: su Dios, no ocupándose de sí mismo ni de los demás, no puede conceder la adivinación á los hombres;

mientras que el vuestro puede muy bien no concedérosela, sin dejar por ello de regir el mundo y gobernar á los hombres. ¿Por qué os enredáis vosotros mismos en esos argumentos capciosos de que no podéis desprenderos? He aquí cómo proceden los Estoicos cuando quieren llegar pronto al término: si existen Dioses, existe adivinación; es así que existen Dioses, luego existe adivinación. Mucho más fácil es decir: es así que no existe adivinación, luego tampoco existen Dioses. Considera á lo que se exponen relacionando íntimamente la adivinación con la existencia de los Dioses. Es cosa clara que la adivinación no existe, pero debe creerse en la existencia de los Dioses.

XVIII. Destruída de esta manera la adivinación por la inspección de las entrañas, cae por tierra toda la ciencia de los arúspices. Aparecen en seguida los prodigios y los rayos. Según dices, la explicación de los rayos se funda en largas observaciones, y la de los prodigios en racionios y conjeturas. ¿Qué es, pues, lo que se ha observado en los rayos? Los Etruscos dividieron el cielo en diez y seis partes. Fácil era sin duda duplicar las cuatro que nosotros conocemos, y en seguida duplicar las ocho, para decir de cuál de ellas partía el rayo. En primer lugar ¿qué importa esto? En segundo lugar ¿qué significa? ¿No es cosa sabida que desde el principio, aterrados los hombres y temerosos, hicieron del relámpago y del rayo los atributos de Júpiter omnipotente? De aquí que esté escrito en nuestros comentarios: «Cuando Júpiter truena y relampaguea no pueden celebrarse los comicios del pueblo.» Tal vez se estableció esta prohibición por interés de la república, existiendo razones para prorrogar los comicios. Así es que el rayo solamente se considera obstáculo para los comicios: en cualquiera otra ocasión, cuando brilla á la izquierda, es el auspicio más favorable de todos. Pero trataremos de los auspicios en otro lugar: ahora nos ocupamos de los rayos.

XIX. ¿Qué hay menos propio de los físicos que atribuir

significación cierta á cosa incierta? Porque no te considero entre aquellos que creen que los Cielopes del monte Etna forjan los rayos de Júpiter. Cosa maravillosa sería que no teniendo Jupiter más que uno, lo lanzase con tanta frecuencia, sin conseguir por esto advertir á los hombres lo que deben hacer ó evitar. Creen los Estoicos que las emanaciones de la tierra, cuando enfriándose comienzan á escapar, forman los vientos, y que una vez condensadas en nubes, si se rompen y dividen en partes pequeñas con violencia y muchas veces, dan origen al trueno y el relámpago; y en fin, que si escapa el fuego que se enciende al choque violento de las nubes, este fuego forma el rayo. Esto que reconocemos como efecto natural, sin regla, sin momento fijo, ¿puede revelarnos el porvenir? Si tal fuera la voluntad de Júpiter, ¿por qué lanzaría tanto rayos inútiles? ¿De qué le serviría herir, como tantas veces sucede, las cumbres de las montañas, los desiertos ó esas comarcas habitadas por pueblos que nada de estas cosas observan? Pero se ha encontrado la cabeza de tal estatua en el Tiber. No niego la habilidad de los arúspices; niego solamente la adivinación. La división del cielo de que acabo de hablar, acompañada de ciertas observaciones, puede sin duda enseñar de dónde parte el rayo y dónde cae; pero nada puede enseñar lo que significa.

XX. Pero me opones mis propios versos: «El señor de los rayos, apoyado en el estrellado Olimpo, hirió por su mano la colina coronada con su templo, y surcó el Capitolio con sus fuegos.» Recuerdas también la estatua de Natta, los simulacros de los Dioses, las de Rómulo y Remo mandando de la loba, derribadas por el rayo, y citas también la exactitud de las repuestas de los arúspices consultados en aquellas circunstancias. Te admira que se descubriese en el Senado la conspiración en el momento mismo en que se inauguraba en el Capitolio la estatua de Júpiter, encomendada dos años antes. ¿Y serás tú (asi me decías)

quien osaría combatir la adivinación después de lo que has practicado y escrito? Eres un hermano y te respeto. Pero ¿á quién te diriges? ¿á la cosa misma, que es así, ó á mí que investigo la verdad? No combato la ciencia de los arúspices; solamente te pido su razón. Admirable subterfugio has buscado. Previendo que te instaría para que me dijese la causa de cada adivinación, has hablado largamente, repitiendo que te bastaba ver los efectos, sin investigar su razón ú origen; que desde el momento en que se estaba seguro de la existencia de un hecho, importaba poco conocer la causa: y todo esto como si te hubiese concedido los hechos ó como si no fuese propio del filósofo remontar al origen de las causas. En el mismo lugar has citado mis pronósticos, y algunas hierbas, la escamonea, la raíz aristoloquia y otras cuya virtud y efectos ves sin conocer la causa.

XXI. La comparación es inexacta: porque el estoico Boëtho y nuestro amigo Posidonio han investigado las causas de los pronósticos; y si las causas se ignoran, al menos han podido ser observados y discutidos los efectos. Mas en cuanto á la estatua de Natta y á las antiguas tablas de la ley heridas por el rayo, ¿qué observación antigua puede guiarnos? Los Pinarios Natta son nobles, luego el peligro vendrá de la nobleza. ¡Cuán astuto se mostró Júpiter! Cae el rayo sobre Rómulo que mama de la loba; esto significa que la ciudad que fundó se encuentra en peligro. ¡Admirable es la destreza con que nos advierte Júpiter con sus señales! En el mismo tiempo en que se colocaba la estatua de Júpiter se descubre la conjuración; y prefieres creer que esto acontece por la providencia de los Dioses antes que por la casualidad; pretendes que el artífice que contrató con Torcuato y Cotta la construcción de la columna no aplazase la terminación por pereza ó falta de dinero, sino porque los Dioses inmortales habían decretado que esperaran hasta aquel momento. **No desespere absolutamente**

de que esto sea verdad, pero no lo comprendo y deseo que me lo expliques.

Como me parecía que la casualidad había comprobado algunas predicciones de los adivinos, te has extendido mucho en este punto, y entre otras cosas has dicho que cuatro dados arrojados al acaso pueden formar el punto de Venus, pero que cuatrocientos arrojados de la misma manera no podrían formarlos cien veces. En primer lugar, no sé por qué no podrían; pero no insisto en esto, porque abundan en ejemplos. Citas los colores arrojados sobre una tabla, el hocico del cerdo y otros parecidos. Recuerdas también aquella cabeza de Fanno que imaginó Carneades, como si no pudiese ser efecto de la casualidad, como si en cualquier pedazo de mármol no hubiese una cabeza digna de Praxiteles. Porque no se hace una cabeza sino quitando poco á poco, y esto es todo lo que hace Praxiteles; y cuando á fuerza de quitar se ha llegado hasta las líneas del semblante, no puede negarse que la obra no estuviese en el mismo mármol. Puede, pues, haberse encontrado algo parecido en las canteras de Chío. Pero todo esto es fábula. ¡Cómo! ¿no has observado algunas veces en las nubes la figura de un león ó de un hipocentauro? La casualidad, que poco ha negabas, puede, pues, imitar á la naturaleza.

XXII. Pero habiendo discutido bastante la cuestión de las entrañas de las víctimas y la de los rayos, ocupémonos de los prodigios, para no omitir nada de la ciencia de los arúspices. Una mula ha parido: cosa admirable, dices, porque rara vez sucede; ¿pero habría sucedido si no fuese posible? Lo mismo podemos decir de todos los prodigios: si son imposibles, no se realizan; si son posibles, no deben admirarnos. Nuestro asombro ante las cosas nuevas nace de la ignorancia de las causas; pero en los casos ordinarios la misma ignorancia no nos produce admiración. El que se asombra del parto de una mula ignora cómo engendra la

yegua y cómo la naturaleza prepara el parto; pero no se asombra de lo que ve frecuentemente, aunque ignore su causa. Cuando ocurre algo que antes no había visto, lo llama prodigio. En el caso presente, ¿dónde está el prodigio, en la concepción ó en el parto? La concepción puede ser contra naturaleza, mas el parto es una consecuencia casi necesaria. Pero ¿á qué insistir? veamos el origen de la ciencia de los arúspices, y fácilmente comprenderemos el grado de autoridad que merece.

XXIII. Cuéntase que arando un día un labrador en campo Tarquinense, en el momento en que ahondaba más el surco, salió de él cierto Tages y le habló. Este Tages, según los libros de los Etruscos, tenía aspecto de niño y prudencia de anciano. Al verlo, lanzó un grito de admiración el asombrado labrador; acudió gente, y muy pronto se reunió en aquel paraje toda la Etruria. Entonces el aparecido habló largamente ante la multitud, que recogió sus palabras y las consignó por escrito, constituyendo este discurso el fundamento de la ciencia de los arúspices, cuyos principios se aumentaron después con la adición de muchas cosas nuevas relacionadas con los primeros elementos. Esto hemos sabido por los mismos arúspices; esto contienen sus archivos, y esta es la fuente de sus conocimientos. ¿Necesitamos aquí á Carneades ó á Epicuro? ¿Será alguien tan loco que crea que puede hacerse brotar de suelo no sé si un Dios ó un hombre? Si Dios, ¿por qué, contra el orden natural, se había sepultado bajo tierra esperando que la reja de un arado le sacase á luz? ¿No podía encontrar un Dios paraje eminente para revelar á los hombres su doctrina? Si era hombre, ¿cómo pudo vivir debajo de la tierra, y dónde aprendió lo que enseñaba á los demás? Pero sería más loco ya que los que creen tales cosas si me detuviese por más tiempo á refutarlas.

XXIV. Conócese aquel antiguo dicho de Catón, que se admiraba de que un arúspice al ver otro arúspice no lanza-

se la carcajada. ¿Cuándo dieron razón los acontecimientos á sus predicciones? y si sucedió alguna vez, ¿quién puede decir que no se debe á la casualidad? Refugiado Annibal junto al rey Prusias, le aconsejaba trabar combate á pesar de los auspicios contrarios que ofrecían las entrañas de las víctimas. Negábase el Rey á seguir el consejo, y Annibal exclamó: «¿Cómo! ¿prefieres guiarte por las entrañas de un becerro á creer á un general veterano?» ¿El mismo César no marchó á África á pesar de que el gran arúspice le aconsejaba no hacerlo antes del invierno? De no realizarlo entonces, habría encontrado reunidas todas las tropas de sus enemigos. ¿A qué enumerar (cosa que me sería muy fácil) las respuestas de los arúspices, que no tuvieron éxito alguno ó que le tuvieron contrario? ¡Dioses inmortales! ¿Cuántas veces nos engañaron en la guerra civil? ¿Cuántas no nos han enviado de Roma á Grecia? ¿Qué anunciaron á Pompeyo, que tanto creía en los prodigios y en las entrañas de las víctimas? Mas ¿á qué recordarlo? no es necesario, en verdad, puesto que estabas con nosotros. Por tí mismo ves que todo sucedió al contrario que habían predicho. Pero basta de esto: volvamos á los prodigios.

XXV. Muchos hechos has citado de la época de un consulado y que yo mismo consigné en mis escritos; otros ocurridos antes de la guerra Mársica, recogidos por Sisená, y muchos, en fin, que precedieron á la derrota de los Lacedemonios en Leuctra, y que recuerda Calistenes. Hablaré particularmente de ellos, pero antes he de hacer algunas observaciones generales. ¿Qué significan esas advertencias de los Dioses, ó más bien terribles amenazas? ¿Qué quieren decirnos al enviarnos señales que no podemos comprender sin intérpretes, anunciándonos desgracias que no podemos evitar? Las personas prudentes se guardan mucho de anunciar á sus amigos reveses inevitables, obrando en esto como los médicos, que no dicen jamás á los enfermos que morirán de tal enfermedad, aunque con

frecuencia lo prevean. Solamente puede aprobarse la predicción de un mal cuando se añade inmediatamente la indicación del remedio. ¿De qué sirvieron en otro tiempo á los Lacedemonios, y más recientemente á nosotros, los prodigios y los intérpretes? Si eran señales que mandaban los Dioses, ¿por qué eran tan oscuras? Si querían revelarnos lo futuro, debían hacerlo con claridad, y si querían ocultárnoslo, no emplear siquiera este oscuro lenguaje.

XXVI. En cuanto á las conjeturas, único apoyo de la adivinación, preséntanse al espíritu del hombre bajo formas múltiples, diversas y frecuentemente opuestas. De la misma manera que en las causas conjeturales el acusador y el defensor establecen sobre la misma base razonamientos contrarios, y sin embargo probables, así también en todo lo que está sujeto á la conjetura ha de esperarse incertidumbre. Cuando los efectos pueden nacer tanto de la casualidad como de la naturaleza (y su misma semejanza puede inducir á error), insigne locura es renunciar á investigar la causa y atribuirlos á los Dioses. Tú, adivino, crees que los Beocios de Livadia supieron por el canto de los gallos la victoria de los Tebanos, porque los gallos callan cuando quedan vencidos y cantan cuando son vencedores. ¿Por medio de gallos anunciaba Júpiter la victoria á aquella gran ciudad? ¿Pero esas aves solamente cantan cuando vencen? Pues aquel día cantaban sin haber peleado. Ahí está el prodigio, dirás. ¡Y grande, en verdad, como si fuesen peces y no gallos los que cantaban! ¿En qué hora del día ó de la noche no cantan? Si cantan por alegría después de vencer, otra causa cualquiera que excite su alegría puede hacerles cantar. Demócrito explica admirablemente por qué cantan los gallos antes de amanecer. No teniendo ya el estómago cargado de alimentos, que por medio de la digestión se han repartido por todo el cuerpo, saciados de reposo, comienzan á cantar: solamente en el silencio de la noche, dice Ennio, «dejan en paz la voz y las

alas.» Siendo este animal tan cantor naturalmente, ¿por qué pretende Calistenes que los Dioses los dieron como señal, cuando su canto podía ser efecto de la naturaleza ó de la casualidad?

XXVII. Cuando se anunció al Senado que había llovido sangre, que un río había arrastrado aguas ensangrentadas, que las estatuas de los Dioses se habían cubierto de sudor, ¿crees que hubiesen creído estas cosas Thales, Anaxágoras ó cualquier otro físico? La sangre y el sudor solamente pueden salir del cuerpo. Agua filtrada á través de la tierra y coloreada puede parecer sangre, y la exudación de las paredes en días húmedos imita el sudor natural. Pero estos efectos, que ni siquiera se observan en tiempo de paz, se aumentan y abultan, gracias al miedo, en tiempo de guerra. Acontece también que el terror y el peligro que preparan los ánimos á creerlos, aseguran al mismo tiempo la impunidad á los que los inventan. Nos mostramos en estos casos tan ligeros é inconsiderados, que si las ratas, cuya única ocupación es roer, royeseñ algo, veríamos un prodigio en ello. Así antes de la guerra Mársica, como tú refieres, habiendo roído las ratas los escudos en Lanuvio, los arúspides vieron en ello prodigio espantoso, como si fuese cosa muy rara que las ratas que roen día y noche, royeseñ escudos ó cribas. Según esto, habiendo roído poco ha las ratas en mi casa la *República* de Platón, debí temblar por la república; y si hubiesen roído el libro de Epicuro sobre la Voluptuosidad, debería prever la carestía de víveres.

XXVIII. ¿Deberemos también aterrarnos cuando nace algún monstruo, bien de animales ó bien del hombre? He aquí brevemente la razón común á los dos casos. Todo lo que nace es necesariamente producto de una causa natural, y lo que parece fuera de las leyes ordinarias no puede estarlo nunca de la naturaleza. Investiga, si puedes, la causa de lo que te asombra y sorprende: si no consigues descu-

brirla, no por ello dejes de tener por cierto que nada ocurre sin causa natural, y de esta manera disiparás el error á que te haya inducido la sorpresa. Cuando lo hayas hecho así, no te estremecerán los terremotos, ni el cielo entreabierto, ni la lluvia de piedras y de sangre, ni las estrellas errantes, ni los fuegos aéreos. Si pregunto á Crisippo la causa de estos fenómenos, aquel defensor de la civilización no los atribuirá á la casualidad, pero me dará explicaciones naturales. Nada puede hacerse sin causa, ni se hace nada que no puede hacerse. No puede, por consiguiente, considerarse prodigio que suceda lo que puede suceder. No existen, pues, prodigios. Si lo raro es prodigio, un sabio es prodigio: paréceme más fácil el parto de una mula que encontrar un sabio. Dedúcese de todo esto, que lo que no ha podido hacerse no se ha hecho jamás; lo que ha podido hacerse no es prodigio, luego no existen prodigios. Consultado un intérprete por uno que le refería como gran prodigio haber encontrado en su casa una serpiente enroscada en una palanca, le contestó ingeniosamente: «El prodigio consistiría en que la palanca se hubiese enroscado en la serpiente.» Esta contestación manifestaba con bastante claridad que no debe considerarse como prodigio nada de lo que puede suceder.

XXIX. C. Graco escribía á M. Pomponio que habiendo encontrado su padre dos culebras en su casa llamó á los arúspices. ¿Por qué por culebras y no por lagartos ó ratas? Porque éstas se encuentran con frecuencia y aquellas rara vez. ¡Cómo si fuese cosa importante que lo que puede suceder suceda rara vez! Pero me admira que si Tiberio Graco dejando escapar á la hembra había de morir, y libertando al macho moriría Cornelia, dejase en libertad á ninguna de las dos. Porque nada se dice de la contestación de los arúspices para el caso en que se retaviese á las dos culebras. La muerte de Graco ocurrió poco después por efecto de alguna enfermedad grave, según creo, y no por la libe-

ración de la culebra. Ni tampoco es tanta la desgracia de los arúspices, que no les sirva alguna vez la casualidad. Pero sería maravillosa, si la creyese, aquella predicción de Calcas, según Homero, que conjeturó la duración de la guerra de Troya por el número de pájaros. Agamenón la refiere así, según la traducción que en nuestros ocios hemos hecho de los versos de Homero:

XXX.

«Tolerad, pues, amigos, y más días
permaneced aquí, porque veamos
si son ciertas, ó no, las predicciones
del adivino Calcas. En memoria
aun tenemos (y todos sois testigos
sino los que la Parca se ha llevado)
que un día cuando en Aulide las naves
se reunían de la Grecia toda
para traer á Priamo y á los suyos
muerte y asolación, y de una fuente
cerca nosotros, en diversas aras
humildes á los Dioses inmortales
solemnes hecatombes ofrecimos
bajo un hermoso plátano que el agua
regaba de una fuente cristalina;
sabéis, digo, que allí raro portentoso
se ofreció á nuestra vista. Un espantoso
dragón, cuyas espaldas matizaban
hórridas manchas de color de sangre,
lanzado fué á la luz por el Saturnio;
y por bajo de un ara impetuoso
salido habiendo, por el tronco arriba
del plátano trepó. Y en lo más alto,
hallando de una rama entre las hojas,
ocultos y temblando con la madre,
ocho recién nacidos pajarillos,
allí mismo el dragón desapiadado
los ocho devoró. Chillaban ellos,
y la doliente madre los plañía,
en torno revolando; mas la sierpe
la cogió entre sus roscas por el ala,
y en medio sus quejidos lastimeros,
la devoró también. Y apenas hubo
devorado los hijos y la madre,

el mismo Dios que aparecer le hiciera
mostró en él un prodigio; pues en dura
piedra le transformó el Saturnio Jove.

Inmóviles admirábamos nosotros
caso tan peregrino; pero Calcas,
viendo de qué manera prodigiosa
interrumpidas por el monstruo horrible
fueran las hecatombes de los Dioses
reveló del destino los arcanos.

«Por qué (decía) enmudecéis, oh Griegos?

»Este prodigio del potente Jove
»la voluntad nos muestra, que cumplida,
»aunque tarde, será; pero la fama
»del triunfo que los hados nos reservan
»no acabará jamás. Como la sierpe
»se ha tragado los ocho pajarillos,
»y la madre también; así nosotros
»nueve cumplidos años á la vista
»de Troya pasaremos peleando,
»y al décimo por fin la tomaremos.»

Así Calcas hablaba, y ya se acerca
el tiempo de cumplirse el vaticinio (1)

¿Y por qué significaban estos pájaros años, y no meses ó días? ¿Por qué se ocupa el augur de pájaros á los que nada maravilloso ocurre, mientras guarda silencio acerca del dragón, que se dice trocado en piedra contra todas las leyes de la naturaleza? En fin, ¿qué relación existe entre el pájaro y los años? En cuanto á la serpiente que se apareció á Sila en un sacrificio, recuerdo, en efecto, que Sila, en el momento de partir para una expedición, vió salir una serpiente de debajo del ara en que inmolaba; pero recuerdo también que la victoria alcanzada aquel día no se debió al consejo de los arúspices, sino al general.

XXXI. Nada maravilloso existe en esos prodigios, que, después de ocurridos los acontecimientos, se interpretan como place: así, los granos de trigo amasados en la boca de

(1) *Iliada*. lib. II. Traducción de D. José Gómez Hermosilla, publicada en esta BIBLIOTECA.

Midas niño; las abejas que dices se posaron en los labios de Platón, dieron lugar á interpretaciones más maravillosas que los mismos hechos: hechos que, por otra parte, pueden ponerse en tela de juicio, y que en todo caso, solamente precedieron á sucesos debidos á la casualidad. En cuanto á Roscio, tal vez es falso que lo rodease una serpiente; pero que se encontrase una serpiente en su cuna, no debe admirar, sobre todo en Solonia, donde suelen reunirse culebras en derredor del hogar. Por lo que se refiere á las respuestas de los arúspices, que nada sobrepujaría á la gloria de aquel niño, admírame que los Dioses inmortales anunciasen la futura fama de un histrión. y que nada predijeran de Scipión el Africano. También has citado los prodigios que se refieren á Flamínio. Cae de pronto con él su caballo, lo cual no es muy extraño; no puede arrancarse la enseña del primer centurión; tal vez quería arrancarla tímidamente el signífero, cuando se encontraba clavada con fuerza. ¿Qué hay de admirable en que el caballo de Dionisio salga á nado del río? ¿qué hay de extraño en que las abejas se posen en su crin? Pero Dionisio sube poco después al trono, y el efecto de la casualidad se convierte en prodigio. En Lacedemonia resuenan las armas en el templo de Hércules; en Tebas se abren de pronto las puertas del templo del mismo Dios, y los escudos suspendidos en la parte superior se encuentran en el suelo. No habiendo podido suceder nada de esto sin algún movimiento, ¿por qué hemos de atribuirlo á la divinidad antes que al acaso?

XXXII. En la cabeza de la estatua de Lisandro, en Delos, brota una corona de hierbas silvestres. ¿Crees que existió la corona antes de que germinaran las semillas de aquellas hierbas? Creo que aquellas semillas las llevarían las aves y no los hombres; y además, todo lo que se encuentra sobre la cabeza puede parecer corona. En cuanto á las estrellas de oro colocadas en el templo de Cástor y

Pólux, en Delfos, cayendo á la vez y no encontrándose, lance me parece más propio de ladrones que de Dioses. Admiro á los historiadores griegos consignando con tanto cuidado la malignidad del mono de Dodona. ¿Acaso es prodigioso que animal tan maligno derribaše las urnas y desparramase las suertes? ;Y dicen los historiadores que jamás amenazó á los Lacedemonios presagio tan triste! En cuanto á la predicción de los Veyos diciendo que si el lago de Albano se desborda y corre hacia el mar será destruida Roma, y que si el lago queda encerrado en sus orillas, lo será Vayas, contestaré que no se dió salida á las aguas del lago Albano por interés de Roma, sino para utilidad de los campos inmediatos. Pero poco después se oye una voz que advierte que se tomen precauciones para que los Galos no se apoderen de Roma, y este es el origen del ara que se consagró á Aio Locuente en la Via Nueva. ¡Cómo! Cuando nadie conocía á este Aio Locuente hablaba, y de esto tomaba nombre, ¿y ahora que tiene asiento, altar y nombre, calla? Otro tanto puede decirse de Juno Monitora, porque después de su cerda preñada, ¿de qué nos ha advertido jamás?

XXXIII. Basta ya en cuanto á los prodigios. Quedan los auspicios y las suertes, las que se sacan al azar y no las inspiraciones llamadas más propiamente oráculos, de las que hablaré cuando me ocupe de la adivinación natural: réstannos además los Caldeos. Veamos primeramente lo que se refiere á los auspicios. Puede creerse que es difícil á un augur combatirlos: para un Marso tal vez, pero no para un Romano. No somos nosotros de aquellos augures que predicen lo futuro por la observación del vuelo de las aves y otras señales semejantes. Admito, sin embargo, que Rómulo, que fundó la ciudad después de consultar los auspicios, crea en la utilidad de la ciencia augural para la dirección de los negocios. Pero la antigüedad se engañaba en otras muchas cosas que después hemos visto reforma-

das merced al estudio, al uso y al tiempo. Por utilidad de la república y en consideración á las creencias vulgares, se conservan aún las costumbres, la religión, la disciplina, el derecho de los augures y la utilidad de su colegio. Considero dignos del mayor castigo á los cónsules P. Clodio y L. Junio, que se embarcaron en contra de los auspicios. Debían obedecer á la religión, y no rechazar obstinadamente las creencias patrias. Así fué que el pueblo condenó justamente al uno, y el otro hizo bien en darse la muerte. Flaminio no obedeció á los auspicios, y por ello pereció con su ejército. Pero al año siguiente obedeció Paulo, ¿y no cayó con su ejército en la batalla de Cannas? Además, aunque existiesen realmente auspicios, que no existen, los que empleamos hoy, como los gallos y el vuelo de las aves, solamente son simulacros de auspicios, y no auspicios verdaderos.

XXXIV. G. FABIANO, QUIERO QUE ME ACOMPAÑES EN LOS AUSPICIOS. Contesta: HE OÍDO. En tiempo de nuestros mayores se dirigían estas palabras á un perito; hoy á cualquiera. Pero se necesita mucha pericia para saber cuándo hay silencio en los auspicios: entiéndese por silencio la ausencia de todo defecto, y esto solamente lo comprende el augur perfecto. Así sucede que cuando el que quiere tomar los auspicios ha dicho al que ha elegido para que le ayude: DÍ SI TE PARECE QUE HAY SILENCIO; éste, sin mirar hacia arriba ni en derredor, contesta en el acto: PARÉCEME QUE HAY SILENCIO. Añade entonces el otro: DÍ SI COMEN LAS AVES. COMEN, contesta éste. Pero ¿qué aves? ¿dónde están? Diráse: los pollos sagrados que trae en su jaula el pollero. Estas son las aves mensajeras de Júpiter! ¿qué importa que coman ó no? Nada interesa esto para los auspicios; pero como al comer, por necesidad dejan caer del pico algo que choca con el suelo, llámose primeramente á este *terripavium*, y ahora *tripudium*. Y cuando de esta manera cae algún pedazo de torta del pico de los pollos, se anun-